

TRANSMISIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

*Pequeñas grandes dichas*

Son las minucias cotidianas las que nos inyectan la vitalidad necesaria para sortear obstáculos. Son esas pequeñas cosas que nos permiten exclamar: ¡Qué maravilla! A pesar de las adversidades que acechan en todos lados, en todos los rincones. A pesar de la envidia, la ruindad, la soberbia, el oportunismo, la desfachatez, la injusticia y hasta las malas caras, contamos con esos antídotos cotidianos para sobrellevar los días nublados. Y son maravillosos por espontáneos, desinteresados, amorosos, invaluable. Comparto estas perlas que nos da la vida.

Tendría que iniciar con el inigualable discurso de Gabriel García Márquez en el homenaje que recibí esta semana al inaugurarse el Congreso Internacional de la Lengua Española en Cartagena de Indias, Colombia. Dijo el gran Gabo: "Pensar que un millón de personas pudieran leer algo escrito en la soledad de mi cuarto, con 28 letras del alfabeto y dos dedos como todo arsenal parecería a todas luces una locura. Sólo sé que desde que tenía 17 años y hasta la mañana de hoy no he hecho cosa distinta que levantarme temprano todos los días, sentarme frente a un teclado para llenar una página en blanco o una pantalla del ordenador, con la única misión de escribir una historia aún no contada por nadie que le haga más feliz la vida a un lector inexistente". Y de ahí surgieron obras portentosas como "Cien años de soledad" y la que para mí es su obra maestra: "El amor en los tiempos de cólera". Los libros abren puertas que los enemigos cierran.

Por eso no dejo de maravillarme por el hecho de

que Alejandro, a sus once años, lea en promedio seis libros por mes y ya escriba sus primeros cuentos. Y que Julián, a sus diez, sea capaz de hacerlo en otro idioma por el mero gusto de escribir. Esas son razones para el optimismo. Como para mí lo puede ser el placer de poner punto final a un libro, o el saber que mi artículo semanal es bien recibido y que en la calle me detengan para decirme que les gustó mucho lo escrito. Pero también, recibir correos electrónicos como el del señor C. Villegas, quien me dice: "He tenido la oportunidad de leer sus escritos que inserta en el periódico y tardé en decírselo pero me parecen muy buenos y naturales todos ellos, pero este de hoy, "El ático", está de maravilla". Y qué decir de la lectura en voz alta de algunos de ellos que los queridos amigos han realizado en la casa de Mario y Milagros. Y como no reproducir aquí este mensaje de una gran amiga (Leticia Calderón) que me parece digno de compartir y que es vitamina pura para el espíritu:

"Querido Víctor: Yo me parezco más a Alejandro que a Julián. No tengo afición por acumular y voy reciclando papeles, ropa, trastes y chácharas servibles. De niña sólo atesoré cientos de cartas que intercambié con amigos que conocía y que luego se volvían interlocutores postales. De esas cartas conservo algunas, como algunas cartas de amor de mi adolescencia. Sólo las más célebres, o las que me siguen conmoviendo. Fuera de eso, tengo un gusto especial por mover cosas, mudarme, cambiar objetos y dárselos a alguien. Mi problema es que en ocasiones mi exceso de minimalismo me

lleva a darme cuenta que me quedé sin algo que podría refuncionalizar. Esa es parte de mi personalidad. Eso sí, lo que nunca, NUNCA dejé de largo, perdí en el camino o por lo pronto he tratado de mantener como un signo vital de mi persona, son mis afectos, me esmero en que aunque sea en señales, mensajitos, algún saludo afectuoso o una prolongada carta sepan, en algún momento, o por alguna razón que la oportunidad ofrece, cuánto los aprecio, los extraño, los recuerdo.

Tú te ubicas en esa lista, la de mi ático personal. Y por eso, aunque pasan los años, los sucesos, los complejos tiempos que, sabrá Dios, cada uno ha vivido, te sigo el rastro y te conservo en esa lista de los TEN TOP.

Nomás para que veas y lo sepas: Nunca olvidaré la imagen divertida a raudales de cuando me contaste de tus hijos jugando en calzones, con la toalla como capa y creyéndose luchadores profesionales... y cuento las horas en que mi hijo, el mío, Esteban, ese que la vida me regaló como premio por algo bueno que hice, todavía no se qué es exactamente, se ponga la capa maravillosa (toalla), se quede en chones y se lance como "Mascarita Sagrada", El Santo, Blue Demon o el "Temerario" a dar brincos por la cama... ese día, ese día mi querido Víctor, te escribiré para contarte que Alejandro y Julián fueron precursores de toda una nueva generación de niños luchadores en calzones. Sea así. Mi cariño y afecto para ti y te sigo, por ahora, a través de tus columnas".

¡Qué maravilla!; ahora simplemente sobran las palabras...

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del departamento de estudios de administración pública del Colegio de la Frontera Norte.